

El otro día

El otro día, de camino a casa, la vi de nuevo. Al volver del trabajo siempre paso por su calle, casi vacía como de costumbre, a pesar de converger con una de las avenidas principales del barrio. No sé mucho sobre ella, pero eso no es relevante. Me limito a caminar sin prisa por la acera de enfrente, tal y como llevo haciendo desde hace años, sin necesidad de acercarme. Porque simplemente con observarla y admirarla desde la distancia, siento una sensación de sosiego y tranquilidad que apacigua mis preocupaciones como pocas cosas consiguen hacerlo. Y lo cierto es que no termino de comprender por qué, si será por la forma en que los rayos de sol bañan su existencia, por ser esa hora mágica del día justo antes del crepúsculo, o porque cuando nuestros caminos se cruzan mi cuerpo y mi mente están exhaustos tras una dura jornada laboral... Pero, sea como fuere, lo que sí es seguro es que, a día de hoy, la catedral de mi barrio, con sus torres, sus bóvedas, sus arcos y, por supuesto, su imponente rosetón, es sin duda la obra arquitectónica más conmovedora que haya tenido la suerte de inmortalizar en mis recuerdos.